

Una nueva campaña infamatoria contra Carl Schmitt

Alain de Benoist
Ensayista político. París

En el otoño de 2002 se publicó en Éditions du Seuil –colección «L'ordre philosophique» («El orden filosófico»)– la traducción de uno de los libros más célebres de Carl Schmitt, *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes*¹. De entrada, esta publicación fue recibida, como tantas otras, por una indiferencia casi general. Hasta que *Le Monde* la convirtió en piedra de escándalo.

[1. El ataque de Zarka en *Le Monde*]

En su número del 6 de diciembre de 2002 (p. VII del suplemento literario, con una llamada en la p. I), *Le Monde* dedica en efecto una página completa, no a Schmitt sino contra Schmitt. El artículo de cabecera, firmado por Yves Charles Zarka, se titula «Carl Schmitt, nazi philosophe?» («Carl Schmitt, ¿un nazi filósofo?») Se comprende inmediatamente que el signo de interrogación es meramente retórica. Del libro propiamente dicho apenas si se ocupa Zarka, salvo para señalar que en sus páginas el pensamiento de Hobbes se presenta «desfigurado» por una interpretación «delirante», condicionada por «una lectura antisemita de la historia política occidental» (*sic*). Lo único que le interesa es afirmar que Schmitt es un «nazi filósofo». Fórmula muy ponderada, pues «filósofo» no es en ella sino un adjetivo, un complemento del nombre: «nazi». Caracterización doblemente ridícula, pues Carl Schmitt no puede ser definido como un filósofo nazi, como veremos enseguida, ni este se presentó nunca a sí mismo como un filósofo, sino como un jurista².

Zarka plantea la siguiente cuestión: «¿Se puede publicar este texto en una colección filosófica, considerándolo, por tanto, un libro de filosofía?» Su respuesta es negativa. Su formulación desafía al entendimiento: «Schmitt debe editarse, pero como se editan los trabajos de otros nazis, es decir, como documentos, no como obras y, menos todavía, como obras consideradas filosóficas». A las claras: la obra de Carl Schmitt no existe. Sus libros no son obras y, en consecuencia, no deben ser publicadas. Únicamente puede volver a imprimirse como «documentos», probablemente entre un artículo de Rosenberg y un discurso de Hitler. Dicho de otro modo, Zarka querría que se editara a Schmitt del mismo modo que los nazis pretendían que se mostrara el «arte degenerado»: a título «documental», para que las masas aprecien su fealdad.

En la misma página de *Le Monde*, Barbara Cassin, directora de la colección «L'ordre philosophique», vióse precisada a dar algunas explicaciones contemporeizadoras (téngase en cuenta que se trata de ¡«Le Monde des livres!» y de ¡Josyane Savigneau!³) Y hete aquí que la infortunada aprobó el juicio de Zarka. Para justificarse sólo esgrimió el pobre argumento de que la publicación de Schmitt en una colección filosófica aspiraría a resolver una grave cuestión: «¿cómo es posible ser al mismo tiempo nazi y filósofo?» (*sic*). De pasada, confirmando que lo ignoraba todo del asunto, se refería a Schmitt como autor de un libro titulado *Die nationalsozialistische Gesetzgebung*, que en todo caso no puede pretender haber leído por una razón elemental, que semejante libro no existe. Parece que Cassin se confundió con un artículo

¹ *Le Léviathan dans la doctrine de l'État de Thomas Hobbes*. Prefacio de Étienne Balibar y postfacio de Wolfgang Palaver. París, Seuil, 2002. Balibar viene de la extrema izquierda y Palaver es un discípulo de René Girard.

² Sorprende en este sentido constatar que Jean-François Kervégan escriba en *Archives de philosophie du droit* (38, 1993, p. 121) que Carl Schmitt fue, según su propia confesión, un «teólogo del derecho». En *Ex captivitate salus*, como ya hiciera en *El concepto de lo político*, Schmitt se expresa claramente: «Soy jurista, no teólogo». El derecho vale para él infinitamente más que la moral.

³ [Josyane Savigneau, responsable del suplemento literario semanal de *Le Monde*, «Le Monde des livres», es conocida por su sectarismo y afición a promover campañas insidiosas *modus Zarka*. N. d. t.]

de 1936 al que alude Zarka⁴, aunque la hipótesis más caritativa es que lo copió mal de la ficha que le pasaron⁵.

Al lector se le ofrece también, como colofón, un articulillo inenarrable de Alexandra Laignel-Lavastine. Esta no parece haberse olvidado de que uno de sus objetos de predilección, Mircea Eliade, estuvo relacionado con Carl Schmitt⁶. En su libro sobre Cioran, Eliade y Ionesco ya la emprendía contra un libro de Schmitt al que dio por título *Die romantische Politik*.⁷ Mala suerte, porque ese libro tampoco existe (el que Schmitt escribió se titula *Politische Romantik*). ¿Pero a quien le preocupan estos detalles? Después de interrogarse sobre un asunto ridículo, aunque revelador de sus fantasmas —«¿No será el rodeo por Alemania una fatalidad de nuestra vida intelectual?», ¡ah, *fatalitas!*—, esta bachillera escribe: «Qué lejano parece el tiempo en que Alain de Benoist, jefe de filas de la *Nouvelle droite*, creía que desafiaba a la opinión [*sic*] consagrando en 1987 un número de *Nouvelle École* al teórico del ‘Estado total’. El interés por la obra de este último, ampliamente traducida al francés desde finales de los años 80, ha encontrando lectores apasionados tanto en la derecha como en la izquierda». Pasemos por alto la tontería que supone imaginarse que alguien publica un número especial sobre Carl Schmitt para «desafiar la opinión». Entonces queda lo esencial y esto es lo preocupante para la autora: Carl Schmitt es cada vez más leído a izquierda y derecha. Alexandra nos descubre el agua tibia.

Algunos días más tarde, el 20 de diciembre de 2002, *Le Monde* publicó una entrevista con Jürgen Habermas en la que el filósofo se muestra compungido por la recepción de Carl Schmitt y su «continuidad [...] desde los años 30 hasta hoy». Puede verse a las claras que las opiniones de Habermas ha sido recogidas por Laignel-Lavastine⁸.

[2. Zarka fabula en la revista *Cités*]

El ataque dirigido por Yves Charles Zarka en *Le Monde* ha sido inmediatamente continuado por Robert Redeker, colaborador eminente de los *Temps modernes* de Claude Lanzmann. Yendo todavía un poco más lejos, este no ha dudado en presentar a Carl Schmitt como un «contrincante» de Rosenberg, el cual, después de haberse «desposado con el racismo político», presentó «la historia del pensamiento como animada por la lucha de razas» (*sic*), un teórico para quien «las ideas no expresan sino los intereses de raza» (*sic*), en suma, un hombre a quien se le debe atribuir la «fundación filosófica del totalitarismo en general y del nazismo en particular»⁹. ¿La fundación? Sí, han leído bien. De modo que remitirse a Redeker para saber quien fue Carl Schmitt viene a ser como leer las obras completas de Goebbels para saber a qué atenernos sobre los judíos.

Pero Zarka no se ha quedado en eso. Su artículo de *Le Monde* no fue sino la fachada más visible de una ofensiva en toda regla. De hecho, hace dos años que Yves Charles Zarka la tomó con

⁴ Daré las referencias precisas, cosa que no hace Zarka: «Die nationalsozialistische Gesetzgebung und der Vorbehalt des *ordre public* im internationalen Privatrecht», *Zeitschrift der Akademie für Deutsches Recht*, III, 1936, 4, pp. 204-11.

⁵ Barbara Cassin es codirectora de la colección «L’ordre philosophique». El otro director, Alain Badiou, no se pronunció. Este último, ex maoísta, forma parte de los «nuevos reaccionarios» denunciados por Daniel Lindenberg, quien le reprocha haberse afanado en «mostrar la inconsistencia de los derechos del hombre». Véase D. Lindenberg, *Le rappel à l’ordre. Enquête sur les nouveaux réactionnaires*. París, Seuil, 2002, p. 33.

⁶ Cfr. Cristiano Grottanelli, «Mircea Eliade, Carl Schmitt, René Guénon, 1942», *Revue de l’histoire des religions*, julio-septiembre de 2002, pp. 324-56.

⁷ *Cioran, Eliade, Ionesco ou l’oubli du fascisme. Trois intellectuels roumains dans la tourmente du siècle*. París, P. U. F., 2002, p. 95. Sobre el itinerario sentimental y político de Alexandra Laignel-Lavastine véase Jean-Claude Maurin, «Vont-ils interdire Eliade et Cioran?», *Éléments*, julio de 2003, pp. 40-47.

⁸ Habermas habló en París el 5 de diciembre, en el marco de un seminario organizado por Yves Charles Zarka. Entre los intervinientes figuraba Rainer Rochlitz, coordinador de un libro titulado *Habermas: l’usage public de la raison*, editada por P. U. F. en la colección «Débats philosophiques» («Debates filosóficos»), dirigida por Zarka. Rochlitz murió poco después y su necrológica publicada en *Le Monde* la redactó Alexandra Laignel-Lavastine.

⁹ «Schmitt, ou le fantasme de la politique pure», *Marianne*, 6, enero de 2003, pp. 66-69.

Carl Schmitt en la revista *Cités*, de la que él mismo es su principal animador¹⁰. «¿Cómo explicar –escribía entonces– la ola de interés por Carl Schmitt, ideólogo nazi (*sic*), en tantos países europeos, ola que ha llegado a Francia, después de haber atravesado Italia?»¹¹ Su respuesta fue que la hegemonía actual del liberalismo conduce a los autores de izquierdas mal informados a retomar ciertos argumentos antiliberales en la obra de Schmitt, presentando un «Schmitt de confitería» (*sic*) al gusto del día. Étienne Balibar –a quien Zarka, lo mismo que Blandine Kriegel, no tiene una estima particular– era citado como ejemplo¹². Al pretender que la lectura schmittiana de pensadores como Hobbes y Bodino es «falsificación y fantasmagoría», Zarka se fija un objetivo explícito: «demostrar que Schmitt debe ser abandonado a su ignominia» (*sic*). El mismo número de *Cités* contenía, además de un artículo de Nicolas Tertulian, miembro del comité de redacción de la revista *Actuel Marx*, un texto hostil hacia Schmitt escrito en 1928 por el jurista socialdemócrata de izquierdas Hermann Heller, texto presentado por Dominique Ségларd (traductor de Schmitt al francés) y comentado por Jeffrey Andrew Barash.

Recientemente, en otro número de *Cités*, el 14, aparecido en 2003, reza como título «Carl Schmitt, el nazi». ¡Aquí ya sin signos de interrogación! El dossier lo integran los dos artículos de Schmitt considerados como los más comprometedores: «El *Führer* protege el derecho (1934)» y «La ciencia alemana del derecho en su lucha contra el espíritu judío (1936)». En su editorial Zarka no disimula que dicho dossier «recupera, desarrolla y completa» el contenido de su artículo de *Le Monde*. De pasada, también le da un repaso a Étienne Balibar, cuya evolución es calificada de «extraña» (p. 163). El «desarrollo» consiste en realidad en tomar, entre los centenares de artículos publicados por Schmitt en el transcurso de su vida, aquellos dos de los que se espera poder sacar el argumento para demostrar la tesis. Método clásico utilizado por todos los difamadores: *pars pro toto*.

La tesis de Zarka es simple: «La idea de un Schmitt gran jurista y gran pensador político del siglo XX, cuyos textos nazis se referirían a un periodo muy limitado de su obra, es una leyenda inventada por los pro-schmittianos (*sic*) que proliferan un poco por todo el mundo (*sic*)»¹³. Esta frase de estilo impreciso tiene al menos el mérito de la claridad. Schmitt no es ni un «gran jurista» ni un «gran pensador político», solamente un nazi. Siempre fue un nazi y nada más que un nazi. ¡Y quien diga lo contrario es un «pro-schmittiano»!

Pero Zarka no se pregunta por qué existen por el mundo y en todos los medios tantos «pro-schmittianos». Parece adicto a la teoría de la conjuración. Una conspiración mundial empuja, por razones desconocidas pero ciertamente inconfesables, a centenares de investigadores, de universitarios y de especialistas a desarrollar una «leyenda» y a «proliferar un poco por todo el mundo» (!), con el único fin de promocionar a un «nazi» totalmente carente de interés.

Lo diré sin rodeos: Yves Charles Zarka me parece bien un mentiroso y un difamador de la peor especie, bien un fabulador, bien un perfecto cretino.

[3. Como un hueso para un perro]

Por supuesto que es perfectamente legítimo criticar las ideas de Carl Schmitt. Dicha crítica no es sólo legítima, sino también necesaria, pues está en la base de todo trabajo del pensamiento. (El

¹⁰ Zarka ha sido el director-gerente de los primeros números de *Cités* antes de dejar su puesto a Michel Prigent. Su adjunto Franck Lessay es uno de los dos consejeros de dirección de la revista, cuyo redactor jefe es Robert Damien. Este último, especialista en Gabriel Naudé, es director de investigación en el C. N. R. S. y profesor de filosofía en la Universidad del Franco-condado. Cercano a François Dagognet, es autor de obras sobre el «paradigma bibliotecario» y la «figura filosófica del consejero de príncipes». En 2002 manifestó su asco hacia las identidades territoriales, pues en su opinión «el territorio, etimológicamente, es el terror» (*sic*). Es extraños encontrar entre los miembros del comité de redacción de *Cités* a Jean-François Kervégan, que hasta la fecha ha escrito seriamente sobre Carl Schmitt.

¹¹ *Cités*, 6, abril de 2001, p. 3.

¹² [Etienne Balibar, notorio intelectual de extrema izquierda, es autor de numerosos libros sobre la historia de las ideas, la democracia o el nacionalismo. Zarka, pro-israelí, desprecia a Balibar, pro-palestino, no sólo en razón de sus diferencias sobre el conflicto del Próximo Oriente, sino porque Balibar pertenece a los «schmittianos de izquierda». *N. d. t.*]

¹³ *Cités*, 14, 2003, p. 163.

autor de estas líneas, contrariamente a lo que algunos imaginan, está en desacuerdo con Schmitt sobre no pocos puntos, empezando por su definición de lo político). En vida de Carl Schmitt o después de su muerte, se han publicado innumerables libros y artículos para contradecir o intentar refutar su punto de vista. Algunas de esas críticas reflejaban sobre todo la ininteligencia o la voluntad de difamación de sus autores (William E. Scheuermann, Richard Wolin, Mark Lilla, Raphael Gross, Bernd Rüthers, para citar sólo a los más recientes). Otras, al contrario, fueron inteligentes y sutiles, como por ejemplo las de Dolf Sternberger u Odo Marquard. Pero con el artículo de Zarka –un artículo que muy bien hubiese podido aparecer en el *Pravda* de la época estalinista–, se ha franqueado una línea. Hasta ahora, sea cual fuese la idea que se tuviera de Carl Schmitt, nadie se había osado pretender que esa obra no existía. Sucedió justamente lo contrario, puesto que, de una forma u otra, quien se medía con ella reconocía su importancia. Con Zarka cambiamos de registro.

Podemos con razón preguntarnos qué mosca le ha picado a alguien como Yves Charles Zarka, que hasta 2001 no había publicado ni una sola línea sobre Carl Schmitt, ni podía pasar como un especialista en su obra. ¿Actuó por su cuenta o se limitó a desempeñar el papel de un «tonto útil»? Se le tiene por un buen conocedor del siglo XVII. ¿Por qué no se ha circunscrito a su especialidad? Zarka se afirma en total desacuerdo con la interpretación que Schmitt ofrece del pensamiento de Hobbes. ¿Por qué no ha explicado este desacuerdo en vez de recurrir a la injuria y al descrédito de su adversario por el viejo procedimiento de la *reductio ad hitlerum*, ya denunciado en su tiempo por otro interlocutor de Schmitt, en este caso Leo Strauss?

Zarka es uno de los impulsores del Centro Thomas Hobbes, que reúne a los miembros de una veintena de equipos franceses y extranjeros. Por esta razón se ha hecho con la dirección de la edición crítica en lengua francesa de las Obras completas de Hobbes, para Vrin (17 volúmenes previstos). También ha sido profesor invitado en diversas universidades (Nápoles, Jerusalén, Tel Aviv, Quebec) y ha participado en coloquios sin cuento. En mayo de 1996 disertó sobre Hobbes en Amsterdam. A finales de mayo de 2001 participó, al lado de Quentin Skinner, en el coloquio sobre «Hobbes y la filosofía política en el siglo XX», organizado en el University College de Londres.

La explicación más razonable es que Zarka no ha soportado la idea de que se pueda poner a disposición del público francés un libro consagrado por Carl Schmitt al pensamiento de Hobbes, dominio que él considera su coto particular. De paso ha aprovechado la ocasión para ajustar cuentas con ciertos antiliberales de izquierda. En suma, se ha comportado como un perro al que le quieren quitar su hueso.

[4. La obra de un jurista político]

Carl Schmitt publicó casi todos sus grandes libros bajo la República de Weimar: su ensayo contra el romanticismo político (1919), su libro sobre la dictadura (1921), sus estudios sobre la teología política (1922), el parlamentarismo (1923), la forma política de la Iglesia romana (1923), el concepto de lo político (1928), sin olvidar su manual de doctrina constitucional (1928) y su libro sobre las nociones de legalidad y legitimidad (1932).

Schmitt no perteneció propiamente a la Revolución conservadora, aunque se suele decir lo contrario. A Ernst Niekisch, el gran perdonavidas de la romanidad, le dirá: «Soy Romano por el origen, la tradición y el derecho». Hostil a toda forma de pensamiento organicista, rechazó una gran parte de la tradición política alemana para inspirarse en autores franceses (Joseph de Maistre), italianos (Maquiavelo), españoles (Donoso Cortés) e ingleses (Thomas Hobbes). Su catolicismo, de inspiración agustiniana y receptor de la tradición contrarrevolucionaria, está en la base de su filosofía del Estado. Schmitt hizo de la política una dimensión de la vida humana directamente asociada a la intensidad de las relaciones conflictivas. Pero también es un teórico de la democracia y en su nombre denuncia el liberalismo y su ideal de un «gobierno por la discusión»: el liberalismo, doctrina económica y moral, resulta en el fondo incompatible con la democracia, doctrina política fundada sobre la igualdad de los ciudadanos. Esta concepción se aproxima bastante a la de Rousseau (la identidad entre gobernantes y gobernados). Por lo demás, su definición del poder constituyente está heredada de Emmanuel Siéyès.

En ninguna de sus obras publicadas antes de 1933 puede encontrarse el menor rastro de antisemitismo. En su *Romanticismo político* Schmitt denuncia sin ambigüedad toda forma de ideología racial. Cuando habla de la necesaria «homogeneidad» del pueblo como uno de los presupuestos de la democracia, no tiene en mente una homogeneidad de tipo étnico, sino una homogeneidad política evocadora de la voluntad general de Rousseau. Lo que no le impide a Zarka, en la estela de Raphael Gross, considerar que el antisemitismo está omnipresente en su obra. Pero un antisemitismo camuflado. Tan camuflado como el hermano imaginario, «Georg Schmitt» (*sic*) que Gross le atribuye en su libro¹⁴.

En esa época, Schmitt cuenta con numerosos judíos entre sus alumnos. En 1928 dedicó su *Verfassungslehre* a Fritz Eisler, muerto en el frente en 1914; a Hugo Preuß, corredactor de la Constitución de Weimar por quien sentía gran admiración, le dedicó un libro en 1930. Se trata también de uno de los raros escritores alemanes «de derecha» cuyo pensamiento, en Weimar, siempre fue tomado muy en serio por los escritores de la izquierda y la extrema izquierda. Walter Benjamin en particular se «midió afanosamente» con la obra de Carl Schmitt, para decirlo con la expresión de Jacob Taubes.

[5. La interdicción del partido nazi: un consejo de Carl Schmitt]

Entre sus interlocutores de aquella época había escritores miembros (o próximos) a la Escuela de Frankfurt, como Herbert Marcuse, Otto Bauer, Franz L. Neumann, Otto Kirchheimer, Hans Mayer, etc¹⁵. En el verano de 1931, Kirchheimer y Franz Neumann (cuyas relaciones con Schmitt han sido bien estudiadas por Volker Neumann, Alfons Söllner y Rainer Erd) participaron en un seminario sobre los problemas constitucionales dirigido por Schmitt en la Escuela superior de comercio de Berlín. El caso del marxista Otto Kirchheimer resulta particularmente interesante. Después de trabajar en París entre 1936 y 1937 para el *Institut für Sozialforschung* emigró a los Estados Unidos. Vivió en Nueva York hasta 1942; después trabajó hasta 1945 para el gobierno norteamericano, antes de enseñar hasta su muerte, en 1965, en la *New School for Social Research* y la Universidad de Columbia. Cuando después de la guerra regresó a Alemania lo que más le urgía fue ver a Carl Schmitt, a quien visitaría regularmente entre noviembre de 1949 y el verano de 1961, según los testimonios de Rainer Erd.

Schmitt fue nombrado en 1922 profesor en la Universidad de Bonn favorecido por el jurista protestante Rudolf Smend, gran adversario de Kelsen y futuro opositor al nazismo. Diez años más tarde se convirtió en profesor en Colonia. En ese momento, después de haber apoyado al partido católico (*Zentrum*) y al gobierno Brüning, puso su competencia jurídica al servicio del general Kurt von Schleicher, con el objetivo principal de impedir la llegada al poder de Hitler. Del mismo modo, desde 1929 estuvo vinculado con el ex Secretario de Estado Johannes Popitz, más adelante miembro del ministerio de hacienda prusiano, quien compartía lo esencial de sus ideas: la necesidad de un Estado suficientemente fuerte como para desvertebrar a los partidos extremistas y cuyo presidente debería ser el «custodio de la Constitución».

En octubre de 1932 Carl Schmitt defendió oficialmente al *Reich* contra el gobierno prusiano ante el Tribunal supremo de Leipzig, después del «golpe de Estado de Prusia» (*Preußenschlag*) del 20 de julio de 1932, mediante el cual Franz von Papen, de quien Schmitt era entonces consejero, había suspendido el gobierno socialdemócrata Braun-Severing¹⁶. El mismo año, en *Legalität und Legitimität*, aquel a quien Yves Charles Zarka llama un «nazi filósofo» se pronuncia... a favor de la interdicción de los partidos nazi y comunista, a los que declara

¹⁴ Raphael Gross, *Carl Schmitt und die Juden*. Francoforte del Meno, Suhrkamp, 2000. Para una crítica radical del libro de Gross véase Günter Maschke, «Der subventionierte Amoklauf», *Junge Freiheit*, 20 de octubre de 2000, p. 16.

¹⁵ Cfr. Ellen Kennedy, «Carl Schmitt and the Frankfurt School», *Telos*, primavera de 1987, pp. 37-66.

¹⁶ Véase Gabriel Seiberth, *Anwalt des Reiches. Carl Schmitt und der Prozeß «Preußen contra Reich» vor dem Staatsgerichtshof*. Berlín, Duncker und Humblot, 2001. El autor hace una recapitulación de todas las tomas de posición antinazis de Carl Schmitt en esa época. Véase también el importante libro de Lutz Berthold, *Carl Schmitt und der Staatsnotstandsplan am Ende der Weimarer Republik*. Berlín, Duncker und Humblot, 1999. [Véase reseña de G. Guillén Kalle en *Empresas políticas*, nº 1, 2002, pp. 145-46. N. d. t.]

«enemigos de la Constitución», y a favor de la instauración de un régimen presidencial de cuatro años. Su intención es entonces salvar a la República de Weimar intimando la declaración del estado de urgencia. En vísperas de las elecciones al *Reichstag* previstas para el 31 de julio, Schmitt pidió que se votara contra el partido nazi en un artículo de la *Tägliche Rundschau*, en el que retomaba numerosos pasajes de su libro citado. «Quien de la mayoría al nacionalsocialismo (...), escribe, actuará mal. Pues posibilitará que este movimiento todavía inmaduro en el plano ideológico y político modifique la Constitución (...) Dejará así Alemania a la merced de este grupo»¹⁷.

«Hostil al pluralismo de Weimar, escribe Robert Wistrich, Schmitt se opuso a los extremistas de derecha e izquierda antes de la toma del poder por los nazis, llegando a apoyar los esfuerzos del general von Schleicher para bloquear o poner fin a la aventura nazi»¹⁸.

En 1933, Schmitt se afilió al partido cuya prohibición había pedido unos meses antes. Aún así, antes de adherirse al NSDAP el 1º de mayo, a instancias de Franz von Papen, colaboró en la redacción de la *Reichsstatthaltergesetz* del 7 de abril de 1933. Goering le promovió como Consejero de Estado de Prusia (*Staatsrat*), al tiempo que Hans Frank le confió la dirección de la *Deutsche Juristen-Zeitung*. El mismo año se le encomendó la jefatura del grupo de profesores de la Liga nacionalsocialista de los juristas alemanes (*Fachgruppe Hochschullehrer der NS-Juristenbund*).

¿Cómo se explica esta adhesión? Se ha hablado mucho de oportunismo, hipótesis en efecto aceptable. Sin embargo, bajo la República de Weimar Schmitt nunca actuó de esa manera. Que Hitler alcanzara el poder por la vía legal pudo pesar sobre su ánimo. Pero la hipótesis más probable es que Schmitt creyó (erróneamente) que podría definir las orientaciones jurídicas de un nuevo régimen del cual, como tantos otros por esa época (empezando por Franz Neumann), subestimaba sin duda la firmeza de sus orientaciones ideológicas. Es revelador que en julio de 1932 calificara al nacionalsocialismo como un «movimiento todavía inmaduro en el plano ideológico y político». Schmitt, más que ser él mismo oportunista, creyó que la ideología nazi era en sí misma un oportunismo que podía girar en cualquier sentido. Este error fue para él fatal. Explica sus sinsabores durante el III Reich y después de 1945.

Durante tres años Schmitt publicó una serie de artículos que con razón pueden juzgarse como inaceptables y que, en cualquier caso, nada añaden a su gloria. Aún así, es preciso leerlos con atención, como hicieron justamente las autoridades nazis que sin tardar condenaron a su autor.

[6. Carl Schmitt atacado por los intelectuales orgánicos del III Reich]

Una de las preocupaciones esenciales de Schmitt después de 1933 fue la prima del concepto de Estado frente al concepto de Partido. Su tesis siempre ha sido que no hay Estado totalitario, sino un partido totalitario cuyas pretensiones debe embridar el Estado. Rechazó pues absolutamente el modelo del Estado-Partido. Por lo demás, apenas se interesó por el concepto de pueblo, pues para él carecía de sentido específicamente político. El pueblo, escribía y a en *Legalität und Legitimität*, no es capaz de deliberar, dirigir o fundar las normas, sino solamente decir si o no. Su libro de 1933, *Staat, Bewegung, Volk*, expresa implícitamente, pero sin equívocos, esta orientación. En él se afirma, en contra de la doctrina oficial, la prioridad del Estado sobre el «Movimiento» t sobre el «Pueblo». «La recepción de este texto, señala André Doremus, lo mismo que cinco años más tarde la del *Leviatán*, es muy negativa en los medios proclives al régimen»¹⁹. Y Doremus añade: «Durante los tres años que perteneció al régimen [...] no dejó de defender discretamente una concepción del Estado fuerte frente a la prevalencia del Partido único, con todo lo que ello comportaba, incluida la identificación de la ideología con la potencia

¹⁷ «Der Mißbrauch der Legalität», *Tägliche Rundschau*, 19 de julio de 1932.

¹⁸ Robert Wistrich, *Who's Who in Nazi Germany*. Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1982, pp. 275-76.

¹⁹ En Carl Schmitt, *Ex captivitate salus. Expériences des années 1945-1947*. París, J. Vrin, 2003, p. 108.

política sin control»²⁰. Jacob Taubes es de la misma opinión: «La preocupación de Schmitt era que el partido, el caos no se impusieran, que el Estado permaneciera. A toda costa»²¹.

Esto explica justamente su aprobación de la purga de junio de 1934 (la «noche de los cuchillos largos»), expresa en un artículo tan controvertido como «El *Führer* protege el derecho», que consiste en un comentario al discurso de Hitler en el Reichstag el 13 de julio de 1934. A los ojos de Schmitt, la purga que eliminó el ala más extremista del partido, permitía que el Estado reafirmado el primado de su autoridad²².

La fórmula del «Estado total», que Schmitt utiliza por esa época –al tiempo que adopta, en lugar de su antiguo decisionismo, una «pensamiento en órdenes concretos» (*Ordnungsdenken*), inspirado principalmente en las tesis «institucionalistas» del jurista francés Maurice Hauriou–, no debe confundir a nadie. Como en Ernst Forsthoff, esta noción no supone en Schmitt «nada característico del orden totalitario»²³. Tan sólo significa la integración bajo la responsabilidad del Estado de todos los vectores de la vida pública, no la tendencia del Estado a invadir la vida privada, que Carl Schmitt, partidario de una estricta distinción entre las esferas pública y privada, recusa completamente. Hostil hacia la concepción «cuantitativa» del Estado total por abolir esa distinción, Schmitt contrapone una concepción «cualitativa» fundada sobre la capacidad de distinguir entre los que es político y lo que no lo es. El «Estado total» se corresponde en su obra con una dictadura plebiscitaria instaurada en el estado de excepción, por tanto provisional, y no a una forma permanente de Estado. Como reconoce el mismo Renato Cristi, «si el totalitarismo significa que el Estado termina por asimilar y metabolizar la sociedad civil, [hay que reconocer] que en ningún momento de su evolución intelectual se comprometió Schmitt con semejante concepción totalitaria»²⁴.

Ahora bien, esta concepción tenía que «ser rechazada por los nazis, pues en ella [veían] la confiscación, en beneficio del Estado, de la capacidad de decisión que únicamente debía pertenecer al Partido y su jefe»²⁵. Tanto más cuanto que la misma carecía de todo elemento *völkisch*. Por esta razón la prensa nazi denunció permanentemente la noción del «Estado total», enderezándole los mismos reproches que a las ideas de la «movilización total» (Ernst Jünger) o de «Stato totalitario» (Giovanni Gentile), oponiéndole la de una Estado fundado exclusivamente sobre la *Volksgemeinschaft* o comunidad racial²⁶.

Todos estos matices que escapan a un Zarka deben ser necesariamente tenidos en cuenta para comprender los ataques de los que Carl Schmitt fue objeto bajo el III Reich, pues de lo contrario resultarían incomprensibles.

Estos ataques, contrariamente a lo que pretenden los adversarios de Carl Schmitt, empezaron muy pronto. Ya he evocado la moderada aceptación que tuvo su libro *Staat, Bewegung, Volk*. El

²⁰ *Ibid.*, p. 111.

²¹ *En divergent accord*, p. 110. Véase también Gary L. Ulmen, «Between the Weimar Republic and the Third Reich. Continuity in Carl Schmitt's Thought», *Telos*, primavera de 2001, pp. 18-31. Ulmen muestra que el sentido de la «continuidad» en el pensamiento de Carl Schmitt antes y después de 1933 nada tiene que ver con el nazismo.

²² André Doremus recuerda a este respecto que la purga en cuestión (en la que fueron asesinados el general von Schleicher y su esposa) recibió en aquella época «el asentimiento de parte de la opinión pública, pues era interpretada como una acción saneadora de Hitler sobre los medios más extremistas de su partido y el indicio de que se había decidido a convertirse en un hombre de Estado. Desde el 3 de julio el conjunto de la prensa agradeció al *Führer* y a Goering haber evitado la guerra civil». En Carl Schmitt, *Ex captivitate salus*, p. 111. En su artículo Schmitt no deja de calificar como un «crimen» las «acciones especiales» cometidas durante el periodo de tres días (o fuera de él) independientemente de la acción del *Führer* y no autorizadas por este último».

²³ André Doremus, en Carl Schmitt, *Ex captivitate salus*, p. 110.

²⁴ Renato Cristi, *Carl Schmitt and Authoritarian Liberalism. Strong State, Free Economy*. Cardiff, University of Wales Press, 1998, p. 5.

²⁵ André Doremus, *op. cit.*, p. 110.

²⁶ Véanse especialmente Reinhard Höhn, *Die Wandlung im staatsrechtliche Denken*. Hamburgo, Hanseatische Verlagsanstalt, 1934. Otto Koellreutter, *Der deutsche Führerstaat*. Tubinga, J. C. B. Mohr – Paul Siebeck, 1934. Alfred Rosenberg, «Totaler Staat», *Völkischer Beobachter*, 9 de enero de 1934. Sobre todo Roland Freisler, «Totaler Staat? Nationalsozialistischer Staat!», *Deutsche Justiz*, 1934, pp. 43-45.

mismo año 1933, el jurista Otto Koellreuter denunció que Carl Schmitt era un católico, conservador, filosemita y «liberal»²⁷. Estas acusaciones, reiteradas en el transcurso de los años siguientes en varios libros²⁸, son continuadas, directa o indirectamente, por otros juristas nazis como Roland Freisler, Gustav Adolf Walz, Hans Helfritz, Karl Larenz, Theodor Maunz, Helmut Nicolai, Hans Gerber, Hans Helmut Dietze o Julius Binder. En 1934, según el testimonio del general von Fritsch, Schmitt declaró ante los oficiales superiores que un *putsch* militar contra Hitler sería legítimo. Dos años más tarde, el periódico de la SS, *Das Schwarze Korps*, publicó dos artículos atronadores (el 3 y el 10 de diciembre de 1936) en los que su autor (anónimo) se jacta de poder finalmente desenmascarar a Carl Schmitt como un venenoso adversario del régimen. Schmitt es acusado desordenadamente de «oportunista», de «catolicismo político» y de estrechas relaciones con los judíos²⁹. El SD (*Sicherheitsdienst*)³⁰, al mismo tiempo, evacuó un dossier abrumador contra él³¹. Allí se cita lógicamente su librito de 1930 sobre Hugo Preuß, lo mismo que sus relaciones con Fritz Eisler, Franz Blei, Erich Kaufmann, Moritz Julius Bonn o Hermann Heller. A partir de esa fecha Schmitt empieza a ser vigilado por la Gestapo.

A los ataques de la SS se sumaron enseguida los del servicio de Rosenberg. En 1937, este último publicó un informe interno denunciando la hostilidad de Carl Schmitt hacia toda ideología racial, así como su «simpatía por los judíos». El texto subraya que las teorías de Schmitt «pueden servir para someter el Estado nacionalsocialista al poder de la Iglesia católica»³². En julio de 1939 el servicio de Rosenberg evacuó un nuevo informe («Ein Staatsrechtslehrer als *Theologe der bestehenden Ordnung*») insistía en las mismas acusaciones. Parece que ni Himmler ni Rosenberg habían comprendido que Schmitt era un «nazi filósofo».

[7. Carl Schmitt, el «nazi filósofo», obligado a la emigración interior]

En ese momento la suerte de Carl Schmitt ya estaba echada. En 1936, antes incluso de la publicación de los artículos de *Das Schwarze Korps*, fue obligado a abandonar la dirección del *Fachgruppe Hochschullehrer der NS-Juristenbund*, después de dimitir de todas sus responsabilidades al frente de la *Deutsche Juristen-Zeitung*. Schmitt perdió también la dirección de la colección «Der deutsche Staat der Gegenwart», publicado por la casa hamburguesa Hanseatische Verlagsanstalt. Yves Charles Zarka asegura que, «en contra de una leyenda tenaz, Carl Schmitt no perdió ninguna de sus funciones oficiales después de 1936»³³. Robert Redeker añade por su parte que Schmitt «conservó altas funciones hasta 1945»³⁴. Se trata de contraverdades. Schmitt cesó en 1936 de todas sus funciones oficiales. Únicamente conservó su cátedra de profesor en la Universidad de Berlín y su título de Consejero de Estado de Prusia, magistratura vacía de contenido puesto que el Consejo de Prusia nunca más se reunió después de 1936, ¡pues los nazis liquidaron el Estado prusiano! Schmitt quedó pues fuera de los circuitos editoriales del partido, que en lo sucesivo impuso el silencio sobre su obra³⁵.

²⁷ Otto Koellreuter, *Volk und Staat in der Verfassungskrise. Zugleich eine Auseinandersetzung mit Carl Schmitt*. Berlín, Junker und Dünnhaupt, 1933.

²⁸ Otto Koellreuter, *Der deutsche Führerstaat; Volk und Staat in der Weltanschauung des Nationalsozialismus*. Berlín – Charlottenburg, Pan, 1935; *Deutsches Verfassungsrecht*. Berlín, 1936.

²⁹ Véase Mario Zeck, *Das Schwarze Korps*. Tübinga, Max Niemeyer, 2002, pp. 246-48.

³⁰ [El *Sicherheitsdienst* era la policía política de la época nazi, dependiente directamente de la Gestapo. *N. d. t.*]

³¹ Este informe puede consultarse hoy en el Instituto de Historia contemporánea de Múnich (RFSS / SD-Hauptamt, IfZ, AKZ 4062/69, Fa 503/1-2).

³² «Der Staatsrechtslehrer Prof. Dr. Carl Schmitt», *Mitteilungen zur weltanschaulichen Lage*, Berlín, III, 1, 8 de enero de 1937, pp. 1-15. El texto completo de este documento a sido publicado por Günter Maschke: «Das Amt Rosenberg gegen Carl Schmitt. Ein Dokument aus dem Jahre 1937», *Etappe*, 2, octubre de 1988, pp. 96-111.

³³ *Cités*, 14, 2003, p. 161.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ He aquí las únicas excepciones: los tres artículos que aparecieron entre 1940 y 1942 en el semanario *Das Reich*, serie animada por Eugen Mündler, sucedido después por Hans Schwarz van Berk. Esta publicación fue una de las pocas que abrió sus columnas a colaboradores que no eran del partido nazi.

Desde 1936-37, Schmitt se incorporó a la «emigración interior»³⁶. No escribió apenas sobre la actualidad, sino que se consagró a estudios sobre Thomas Hobbes, la evolución del derecho internacional o la oposición entre la Tierra y el Mar. Incoó también su doctrina sobre los «grandes espacios», que pretende demostrar que el mundo político es siempre un *pluriversum* y en la que se puede constatar la secularización del viejo principio *cujus regio, ejus religio*. Su noción de «gran espacio» (*Großraum*) designa un espacio dominado por un poder animado de una clara idea política. Inspirado directamente en la doctrina de Monroe, formulada desde el siglo XIX (1823) en los Estados Unidos, tiene como objeto, lo mismo que esta última, la interdicción de la intervención de potencias extranjeras en un espacio geográfico dado. En modo alguno debe confundirse con el «espacio vital». Schmitt subrayó que el *Großraum* europeo tampoco se identifica con la idea imperial (Reich), del mismo modo que Brasil o la Argentina no se identifican con los Estados Unidos. Hacer del concepto de «gran espacio» un «concepto *völkisch*» (Bernd Rüthers), o afirmar que el mismo «ha dado una cierta justificación teórica al expansionismo panalemán del *Führer*»³⁷ es al mismo tiempo grotesco y monstruoso.

Los teóricos nazis tampoco se engañaron en este punto. En 1939, el libro de Carl Schmitt *Völkerrechtliche Großraumordnung mit Interventionsverbot für raumfremde Mächte* fue inmediatamente denunciado en la revista de Alfred Rosenberg, los *Nationalsozialistische Monatshefte*, siendo objeto de una nueva consigna de silencio. Entre 1941 y 1943 la doctrina schmittiana de los «grandes espacios» también fue atacada frontalmente por uno de los caporales del SD, Reinhard Höhn, en la revista doctrinal de la SS, *Reich-Volks-ordnung-Lebensraum*, de la que por entonces era editor (junto a Werner Best, Wilhelm Stuckart y Gerhard Klopfer). Höhn reprochó una vez más a Carl Schmitt que excluyera toda consideración de orden biológico o racial en su definición del «gran espacio», subrayando que su teoría es totalmente incompatible con la doctrina nazi del «espacio vital»³⁸. Lo que llevará a Joseph W. Bendersky a concluir que Carl Schmitt «nunca suministró justificaciones ideológicas para la política exterior nazi»³⁹.

Durante la guerra Carl Schmitt fue invitado a leer algunas conferencias en el extranjero, concretamente en Lisboa, Madrid, París y Bucarest. Las autoridades nazis intentaron sin éxito prohibir su nombramiento como miembro de la Real Academia Española. Su texto sobre la situación de la ciencia jurídica, publicado como libro en 1950, tendría que haber aparecido en la compilación de homenaje a su amigo Johannes Popitz, con motivo de su sexagésimo aniversario, el 2 de diciembre de 1944, pero esta obra nunca apareció pues Popitz fue condenado a muerte y ejecutado por su participación en el complot contra Hitler del 20 de julio de 1944.

Apresado inicialmente por los rusos, estos le devolvieron la libertad poco después para ser nuevamente detenido por los americanos el 25 de septiembre de 1945, probablemente a petición de Karl Löwenstein, consejero jurídico del gobierno militar de ocupación de Berlín. Fue internado en el campo de concentración de Berlín – Lichtenfeld-Süd, después en Wannsee, con la prohibición expresa de escribir. El 10 de octubre de 1946 fue liberado. Seis meses más tarde, en abril de 1947, fue nuevamente detenido para ser largamente interrogado por Robert W. Kempner, uno de los sustitutos del procurador del Tribunal militar internacional de Nuremberga. Kempner constató que no había nada perseguible en su conducta y declaró el sobreseimiento.

Allí pueden leerse en particular artículos de Rudolf Augstein, futuro director de *Spiegel*, Margret Boveri, Elisabeth Noelle-Neumann, Werner Höfer, Joachim Fernau, etc.

³⁶ Sobre esta noción puede verse el número 7 (2002) de *Carnets Ernst Jünger*, que contiene una buena exposición de síntesis de Gérard Imhoff («L'émigratioin intérieure. Mythe ou réalité?», pp. 17-35), así como un repertorio bibliográfico de la literatura más importante al respecto (199-204).

³⁷ Nicolas Tertulian, «Le juriste et le Führer», *Cités*, 6, abril de 2001, p. 45.

³⁸ Véase Reinhard Höhn, «Großraumordnung und völkisches Rechtsdenken. Zugleich eine Auseinandersetzung mit der Schrift von Carl Schmitt, *Völkerrechtliche Großraumordnung mit Interventionsverbot für raumfremde Mächte*», *Reich – Volk – Lebensraum*, 1941, pp. 256-288.

³⁹ Joseph W. Bendersky, *Carl Schmitt, Theorist for the Reich*. Princeton, Princeton University Press, 1983, p. 259.

Después de la guerra, Schmitt aprobó la creación del Tribunal constitucional de Karlsruhe, cuya presidencia se confió a uno de sus antiguos alumnos, Friesenhahn. En 1950 publicó su libro más personal, *Ex captivitate salus*, en el cual refiere, con una lucidez particularmente emocionante, el fruto de sus meditaciones de los primeros años de la postguerra. La obra está dedicada a la memoria de su amigo Wilhelm Almann, el cual, comprometido también en el complot del 20 de julio, se suicidó para no poner en peligro la vida de sus amigos. Schmitt compara su situación con la de Platón, que no desdeñó aconsejar al tirano de Siracusa. Identificado con Benito Cereno, el héroe del libro de Melville, se calificó también como un «Epimeteo cristiano», en homenaje a Konrad Weiss, añadiendo que él es «el último representante consciente del *jus publicum europaeum*, su último maestro y cultivador en un sentido existencial».

[8. Carl Schmitt y Thomas Hobbes]

Volvamos al libro sobre Thomas Hobbes que le ha valido a Carl Schmitt tener que subir a título póstumo los anatemas de Yves Charles Zarka. Se trata de una obra publicada en julio de 1938⁴⁰ que compila un artículo de 1937 y el texto de dos conferencias, una de ellas pronunciada el 12 de abril de 1938 en Kiel, en un coloquio académico organizado por la Sociedad Hobbes con motivo del tricentésimo quinquagésimo aniversario del nacimiento del autor del *Leviatán*⁴¹. Reeditado continuamente en Alemania (su última edición apareció en 1995 en Klett-Cotta, la editorial de Stuttgart), conoce dos traducciones al español (1941 y 1997)⁴², al japonés en 1972, al italiano en 1986, al coreano en 1992, al inglés en 1996. Es el duodécimo libro de Schmitt traducido en Francia desde 1972, publicándose la mayoría de ellos en Gallimard, P. U. F. y Seuil.

Según Zarka, «Schmitt no es el revelador de un sentido oculto en la obra de Hobbes, sino el principal obstáculo para su inteligencia». Compárese este juicio lapidario, desprovisto de toda argumentación, con la opinión de Jacob Taubes, para quien se trata del libro más importante que se haya escrito jamás, o con las de Habermas, que lo considera «la obra fundamental de Schmitt», y Günter Maschke, quien ve en ella «la clave de toda su obra». Étienne Balibar, en su prefacio, después de haber denunciado los «intentos intimidatorios» y el «boicot retrospectivo que los espíritus débiles confunden con un acto de moral política», se limita a convidar al lector a familiarizarse con «uno de los pensamientos más fecundos, provocadores y representativos del siglo XX», observando de paso hasta qué punto la lectura que Schmitt hizo de Hobbes resulta «esclarecedora y profunda»⁴³. Helmut Rumpf, por su parte, señala que Schmitt «no es únicamente uno de los intérpretes de Hobbes en lengua alemana más relevantes, sino también su heredero espiritual en el siglo XX»⁴⁴.

Evidentemente, Zarka nunca leyó la obra de Helmut Rumpf. Tampoco ha leído la introducción de George Schwab a la edición americana del libro de Schmitt, ni la de Carlo Galli a la edición italiana⁴⁵, ni el postfacio de Günter Maschke a la edición alemana de 1982. Del mismo modo

⁴⁰ *Der Leviathan in der Staatslehre des Thomas Hobbes. Sinn und Fehlschlag eines politischen Symbols*. Hamburgo, Hanseatische Verlaganstalt, 1938.

⁴¹ En su ensayo sobre la influencia de Hobbes sobre el pensamiento schmittiano (*Carl Schmitt und Thomas Hobbes. Ideelle Beziehungen und aktuelle Bedeutung mit einer Abhandlung über: Die Frühschriften Carl Schmitts*. Berlín, Duncker und Humblot, 1973), que ha sentado cátedra, Helmut Rumpf precisa que en el transcurso de ese coloquio nunca se presentó a Hobbes como un precursor del nacionalsocialismo (p. 108). En cuanto a la alocución de apertura de Paul Ritterbusch, citada por Schmitt en su libro, ni siquiera ha podido ser editada.

⁴² [La traducción de 1941, de Javier Conde, ha sido publicada nuevamente en 2004 con una introducción de J. L. Monereo. Véase *infra* la reseña de C. Jiménez Segado. *N. d. t.*]

⁴³ *Le Léviathan dans la doctrine de l'État de Thomas Hobbes*, pp. 8-9.

⁴⁴ *Op. cit.*, p. 56.

⁴⁵ Advertido que Carlo Galli es autor de un texto aparecido en un volumen editado por Zarka!: «La souveraineté de Carl Schmitt. Décision, forme, modernité», en Gian Marco Cazzaniga e Yves Charles Zarka, *Penser la souveraineté à l'époque moderne e contemporaine*, 2 t. Pisa – Paris, ETS – J. Vrin, 2002, pp. 463-77. Se trata de una obra que reúne las Actas de un coloquio celebrado en Pisa el 1 al 3 de junio de 2000.

ignora ostensiblemente los aquilatados comentarios de Helmut Quaritsch (1974), Francesco Viala (1979), Klaus Schulz (1980), Alessandro Biral (1981), Herfried Münkler (1984), Bernard Willms (1987), Antonio Caracciolo (1989), Manfred Lauerman (1990), Gershom Weiler (1994), Günter Meuter (1995), Marco Caserta (1996), Horst Bredekamp (1999), Riccardo Panatoni (2000), Jorge Eugenio Dotti (2002), para citar sólo a algunos autores que se ha ocupado de la relación entre el pensamiento de Thomas Hobbes y Carl Schmitt. ¿Le suenan a Zarka las casi mil páginas del libro que le ha dedicado a este asunto Giuseppe Antonio Di Marco⁴⁶? Es más que dudoso. Zarka habla sin saber, como todos aquellos que divagan e insultan. Me imagino su reacción si descubriera que en septiembre de 1980 se celebró en Whashington una gran reunión científica de la *American Political Science Association* consagrada al tema «Carl Schmitt, el equivalente moderno de Hobbes».

La verdad es que Carl Schmitt ha reflexionado toda su vida sobre Thomas Hobbes, presentado en *Ex captivitate salus* como su «amigo» y su «hermano». Apoyándose en la célebre máxima *Auctoritas, non veritas facit legem* –la *auctoritas* es en Hobbes la *summa potestas*–, Schmitt no sólo vio en Hobbes al fundador del Estado moderno, sino también al «representante clásico del tipo decisionista»⁴⁷ y, justamente por eso, uno de los autores que mejor nos permiten comprender lo político. Su libro sobre Hobbes tiene como hilo conductor la imperfecta condición del racionalismo moderno, pretendiendo resolver el problema que atormentó a Hobbes, a saber: si los individuos entran en sociedad para proteger su existencia y, consecuentemente, el mal absoluto se confunde para ellos con la muerte violenta, ¿cómo puede la sociedad conseguir que estos sacrifiquen su vida por ella?⁴⁸

Schmitt asegura que «lo mismo que todos los grandes pensadores de su tiempo, Hobbes tenía una inclinación por los velos esotéricos». En el *Leviatán* vio un «símbolo esotérico» y en el libro de tal nombre, aparecido en 1651, una «obra totalmente esotérica». Incluso llegó a redactar una presentación para su propio libro y que debía figurar en el cuarto de la cubierta; suprimida finalmente por el editor, arrancaba con estas palabras: «¡Atención! ¿Has oído hablar del *Leviatán* y deseas saber más sobre él leyendo este libro? ¡Pues ten cuidado, querido amigo! Se trata de un libro esotérico de principio a fin y su esoterismo intrínseco se te hará cada vez más evidente a medida que profundices en su lectura»⁴⁹.

[9. Solitario como todo precursor]

La atribución a Hobbes de una actitud «esotérica» –pues «no desveló sino a medias su verdadero pensamiento», escribe Schmitt– no devuelve, especularmente, a la actitud de su comentarista. Como Hobbes, Schmitt afirma haber querido decir con su libro, con más o menos rodeos, lo que no hubiese podido decir a las claras dadas las constricciones de la época. También Schmitt, dicho de otra manera, desveló «a medias su verdadero pensamiento». Por lo demás, esto es lo que dijo en 1981 sobre aquella obra: «Se trata de un libro esotérico por tres razones: 1) Es una obra que subsiste por sí misma, pues como mito tiene la independencia que caracteriza a los mitos. 2) Nada esconde este libro, razón por la cual da la impresión de que oculta lo esencial. 3) Finalmente, todo lo comprende en sí mismo». Pero a un Zarka estas cosas le deben resultar difícilmente comprensibles.

En su prefacio de 1938 Schmitt escribe también: «El nombre de *Leviatán* proyecta una gran sombra; una sombra que se ha extendido sobre la obra de Thomas Hobbes y que sin duda caerá también sobre este librito». Estas líneas reveladoras confirman el paralelo que Schmitt traza

⁴⁶ Giuseppe Antonio Di Marco, *Thomas Hobbes nel decisionismo giuridico di Carl Schmitt*. Nápoles, Guida, 1999. También se puede citar a Simone Goyard-Fabre, próxima a Julien Freund, la cual envió a Carl Schmitt su libro titulado *Le droit, la loi dans la philosophie de Hobbes*. París, Klincksieck, 1975.

⁴⁷ *Théologie politique*. París, Gallimard, 1998, p. 43.

⁴⁸ Las críticas circunstanciales a Spinoza, Moses Mendelssohn y Friedrich Julius Stahl contenidas en el libro –a las que atribuye Zarka una importancia exorbitante– no añaden nada a la demostración. Parece que Zarka se ha olvidado de que el mismo Hobbes definía a los judíos como «una raza ávida de profetas» (*gens prophetarum avida*, en *De Cive*, cap. XVI, §15).

⁴⁹ El texto de esta presentación ha sido editado como anexo a la correspondencia entre Schmitt y Armin Mohler: Carl Schmitt, *Briefwechsel mit einem seiner Schüler*. Berlín, Akademie, 1995, pp. 38-39.

implícitamente, en el propio cuerpo de la obra, entre la suerte de Hobbes durante la guerra civil inglesa, «solitario como todos los que preparan la vía», y la suya. Más adelante puede leerse todavía que «cuando en un país no existe más publicidad que la organizada por la potencia estatal, el alma de un pueblo se encamina entonces por una ruta secreta que le conduce hacia el interior; crece entonces la fuerza antagonista del silencio y la calma». Clara alusión a la emigración interior. Así lo reconocerá abiertamente cuando escribe que «Hobbes representaba el tipo de la emigración interior».

En estas condiciones se entiende mejor que Carl Schmitt, en *Ex captivitate salus*, comparara su libro de 1938 con *Sobre los acantilados de mármol*, publicado en 1939. Los dos representaron una crítica alegórica o velada del nazismo. ¿Acaso será una pretensión excesiva viniendo de un hombre para quien la «catástrofe alemana» representa el equivalente de lo que la Guerra del Peloponeso fue para Tucídides? Tal vez. Pero no es menos cierto, como escribo Wolfgang Palaver, «que Schmitt, desde el momento de la publicación de su libro, sostuvo una actitud crítica hacia el régimen nazi»⁵⁰, opinión que se suma a las de Günter Maschke, Joseph W. Bendersky y Paul Noack⁵¹.

Schmitt, en todo caso, no se equivocó: su «librito» de 1938, del que el desparpajo de Zarka hace la obra maestra de un «nazi filósofo», fue recibido por el espeso silencio de la prensa oficial. La única reseña proveniente de este medio fue la del jurista nazi Otto Koellreutter, que declaró expresamente que la concepción hobbesiana del Estado «ya no nos dice nada actualmente»⁵². Reacción que no puede sorprender a quien sabe que Hobbes no gozó del favor de los intelectuales del III Reich, precisamente en razón de su estatismo⁵³.

[10. La vigencia intelectual de Carl Schmitt]

Resumiré. Los editores más reputados y respetados del mundo lanzan ediciones de la obra de Carl Schmitt. Centenares de traducciones de las mismas están ya disponibles en más de treinta lenguas. Se le han dedicado más de 300 libros y números monográficos de revistas, la mitad de todo en ello en los últimos diez años. Entre 1949 y 1982 Carl Schmitt ha sido citado más de 200 veces en las reuniones anuales de los profesores alemanes de Derecho constitucional⁵⁴. A partir del coloquio histórico organizado por Helmut Quaritsch en Speyer, en octubre de 1986, en el

⁵⁰ *Le Léviathan dans la doctrine de l'État de Thomas Hobbes*, p. 222. En su texto, Palaver se refiere en varias ocasiones a la «crítica de las fuerzas interiores del nazismo», a la «toma de distancia» y a la «distancia crítica hacia el régimen de Hitler».

⁵¹ Joseph W. Bendersky, *op. cit.*, pp. 244-46; Paul Noack, *Carl Schmitt. Eine Biographie*. Berlín – Francoforte del Meno, Ullstein – Propyläen, 1993, pp. 225-28.

⁵² *Reichsverwaltungsblatt*, 17 de septiembre de 1938, p. 806.

⁵³ En un artículo de juventud, Helmut Shelsky, en referencia al punto de vista del partido, elogiaba empero a Hobbes por haber condenado toda forma de teología política («Die Totalität des Staates bei Hobbes», *Archiv für Rechts- und Sozialphilosophie*, 1937-38, pp. 176-193), perspectiva evidentemente inaceptable para Carl Schmitt. «En un primer momento, señala Wolfgang Palaver, el *Leviatán* de Schmitt responde a los reproches de Schelsky y a otras críticas del interior del partido» (*op. cit.*, p. 204). Quien se ha caracterizado por presentar a Hobbes, sino como precursor del totalitarismo moderno, al menos como «el teórico abstracto del totalitarismo estatal», ha sido de hecho el tomista francés Joseph Vialatoux (*La cité de Hobbes. Théorie de l'État totalitaire*. Lyon, Chronique sociale de France, 1935). René Capitant se ha opuesto frontalmente a esta tesis, acentuando los fundamentos racionalistas, nominalistas e individualistas de la filosofía del Estado de Hobbes, que él oponía al misticismo organicista del nacionalsocialismo («Hobbes et l'État totalitaire», *Archives de philosophie du droit et de sociologie juridique*, 1938, pp. 46-75). Sobre este problema véase también Hubert R. Rottleuthner, «Leviathan oder Behemoth? Zur Hobbes-Rezeption im Nationalsozialismus – und ihrer Neuaufgabe», en Steffen Harbordt (ed.), *Wissenschaft und Nationalsozialismus. Zur Stellung der Staatsrechtslehre, Staatsphilosophie, Psychologie, Naturwissenschaft und der Universität zum Nationalsozialismus*. Berlín, Technische Universität Berlin, 1983, pp. 54-81.

⁵⁴ Véase Helmut Quaritsch, «Über dem Umgang mit Carl Schmitt», en H. Quaritsch (ed.), *Complexio Oppositorum. Über Carl Schmitt*. Berlín, Duncker und Humblot, 1988, p. 18.

que participaron más de cincuenta universitarios venidos de todos los países⁵⁵, varias decenas de nuevos congresos se han dedicado al estudio del pensamiento schmittiano o, incluso, se han celebrado para rendirle homenaje. Entre los últimos se cuentan los habidos en Buenos Aires (1996), Tel Aviv (1997), Nápoles y Nueva York (1999), Buenos Aires, Roma y Murcia (2001) y Covilhã y Budapest (2002). Desde el año 2000 han aparecido más de 35 libros sobre él (en Alemania, en Austria, en la Argentina, en los Estados Unidos, en Italia, en España, en Inglaterra, en Dinamarca, en Corea, en México, en Francia, en Brasil y Japón); es decir, un promedio de un nuevo libro cada mes. Series monográficas como *Schmittiana*, publicada por Piet Tommissen, revistas especializadas como los *Carl-Schmitt Studien*, en Italia, y la revista española *Empresas Políticas* se ocupan de la vida y obra de Schmitt. ¿Quién puede creer seriamente que tantos esfuerzos tienen como meta la publicidad de un «nazi filósofo»?

Yves Charles Zarka forma parte de esos pequeños espíritus, ingenuos o maniqueos, que nunca podrán comprender que ciertos intelectuales que nada tenían de nazis, pudieron comprometerse durante algún tiempo con el nazismo sin convertirse empero en nazis. Estos pequeños espíritus no se percatan de que al denunciar al «nazi Schmitt» están empleando los métodos difamatorios típicamente nazis. Pero sobre todo, no se dan cuenta que al lavar a Carl Schmitt de todo pecado de oportunismo (es decir, que Schmitt no se equivocó realmente en 1933, sino que se limitó a seguir su inclinación natural), legitiman retrospectivamente las pretensiones intelectuales del régimen nazi, prestándole el crédito de una obra tan potente como la de Carl Schmitt.

El objetivo de esta despreciable campaña resulta demasiado evidente: impedir que el lector se haga una idea por sí mismo, prohibir el acceso a la lectura de Carl Schmitt, rodear su obra de un cordón sanitario, dictar, en suma, una consigna de silencio.

* * *

A principios de 2002 apareció en *Le Monde* un bello análisis del poder mediático. «Los medios de comunicación de masas, se leía allí, no dejan intacto aquello que tocan, sino que lo seleccionan, modifican y transforman en proporciones impensables, y esto en todos los ámbitos [...] En el plano de las redes de influencia y de los mecanismos de poder, son frecuentemente encontrarse a los mismos actores mediáticos en la prensa, la radio y la televisión. Periodistas, políticos, hombres de la cultura o, simplemente, cultuquetas circulan entre un órgano y otro, de un espacio a otro, constituyendo una casta cerrada que no concibe más debate que el que se produce entre sus miembros, los cuales, por otro lado, promueven mutuamente sus productos (libros, películas, emisiones diversas, etc.), por insignificantes que resulten. Esta casta mediática, política y cultural únicamente se reproduce por cooptación. En ella se conjugan la reverencia de los poderosos, la prudencia temerosa ante el dinero, el conformismo y las connivencias». Este artículo estaba firmado por Yves Charles Zarka. El señor Zarka ha hablado en plata.

[Trad. J. M.]

⁵⁵ Entre otros Rüdiger Altmann, Joseph W. Bendersky, Werner Böckenförde, Julien Freund, Hasso Hoffmann, Ernst Rudolf Huber, Bongkun Kal, Ellen Kennedy, Klaus-M. Kodalle, Hermann Lübke, Odo Marquard, Eberhard von Medem, Heinrich Meier, Volver Neumann, Pasquale Pasquino, Pierangelo Schiera, Piet Tommissen, Gary L. Ulmen, George Schwab, Masanori Shiyake, etc.